

cuando lo recibí, el momento —mi momento personal— no era adecuado. Conocía yo al autor, al hombre y su obra anterior, y sabía que su lectura iba a ser para mí de lectura más que grata. Algunas veces —nunca en momentos que se puedan considerar perdidos— leía un poema o un fragmento de poema; más tarde leí las críticas que se le hicieron en diversas publicaciones, elogiosas todas. Y por fin, una noche cogí el libro y lo leí de un tirón. No sé si entonces lo poseí; pero, desde luego, su lectura me proporcionó una experiencia intensa.

Reconozco que soy poco lector de poesía; tanto al leerla como al escribirla, son artes que se vuelven cada vez más raros. Parece que el tiempo que nos ha tocado vivir no propicia el hecho poético, al menos en su forma tradicional: la poesía se refugia ahora en lugares que no son los libros, y vuelve a los escenarios de donde surgió: a la calle, al espectáculo de lo cotidiano; se hace poesía y teatro en el "rock"; poesía e imagen en el cine y en el "comic"; pero es cada vez más escasa la poesía, merecedora de tal nombre —esto es, creación, invención del mundo, ordenación del caos o reflejo ordenado de él—, que se hace solamente con el material más viejo del mundo, con la palabra. Los intentos habituales en este campo —y esta es la razón por la que huyo de su lectura— suelen pecar de un extraño academicismo que a veces se disfraza, vistiendo el oropel de las más trasnochadas vanguardias, de lo que fue vanguardia en su tiempo, y

el hastío me suele vencer, me hace incapaz de tragar las cantidades de palabrería vacua que suele ofrecérsenos bajo la etiqueta de "poesía". Por eso me ha resultado grata e importante la lectura de "Instancias en Luzbel". No trata de presentársenos con la máscara del experimento, no se acoge a ninguna fórmula vanguardista ni es tampoco arcaísmo nostálgico de tiempos pasados. Se trata, ante todo, del recuento de una amarga experiencia vital; amarga porque lo es la vida misma, no porque lo sea Brines.

"Esplendor negro" lleva por título el poema que encabeza este libro. Y no es por azar —nada, en poesía, es por azar, aunque el azar juegue su parte importante en la creación poética—: es un esplendor negro el que ilumina todo el libro, desvelando precisamente la blancura fosforescente de su pensamiento. Paco Brines ha realizado aquí una obra de "arte mayor", un ejercicio de cante grande, si se me permite la comparación con el flamenco. Su pensamiento está imbuido de una tristeza luminosa que podríamos llamar mediterránea. Porque el Mediterráneo, a pesar del tópico, no es sólo bullicio y alegría: es también el estoicismo de Séneca, la sombría pugna de "La Farsalia", el desengaño amargo de Luis Cernuda. El Mediterráneo tiene de alegre lo superficial, y de melancólico, de trágico, el pensamiento recóndito y profundo.

Los poemas de Brines son rurales y urbanos al tiempo; no hay en él una fijación excesiva en los paisajes, pero sí en los

cuerpos que los transitan: anhelo de la juventud incosciente de serlo, plasmada en cuerpos que rompen la noche. El erotismo, o más bien Eros, cruza toda su poemática, tiñe incluso su pensamiento profundo, duro y seco, de melancolía. La soledad se advina en cada línea, en cada verso, en cada signo de puntuación incluso. Y la muerte se ve, acercándose, tras cualquier sonrisa engañosa, tal cualquier disfraz de luz.

"Instancias en Luzbel": insistencias en la luz caída, en el ángel que se encamina hacia la muerte. Perversión: soledad, agotamiento. Estos son los mensajes de Francisco Brines, o al menos alguno de ellos. Reseñar este libro, tan rico en poesía clara y en conceptos que tienen tanto de la reflexión como del sentimiento, es trabajo difícil: para agotar los temas, las ideas, los ritmos que apunta Paco Brines, me sería necesario escribir un ensayo de volumen doblemente mayor que el de su libro. El poeta es conciso y dice lo que quiere. Queden estas líneas como homenaje a un autor y como alborozada constancia de que todavía algunos siguen escribiendo poesía grande. ■ EDUARDO HARO IBARS.

De vanguardia obrera a partido-Estado

Tal vez en ningún caso hayan ido tan de la mano construcción del Partido y reconstrucción de la sociedad y del Estado como en

la Unión Soviética. Ahora bien, no entenderemos nada de lo que hoy pasa en la URSS si, aparte de analizar la sustancia ideológica que anima —o frena— al Partido, no nos preocupamos de conocer las formas organizativas y métodos de trabajo por él adoptados a través de sus diversos avatares históricos, y sobre todo en ese período, esencialmente crítico, que va desde octubre hasta el final de la segunda guerra mundial.

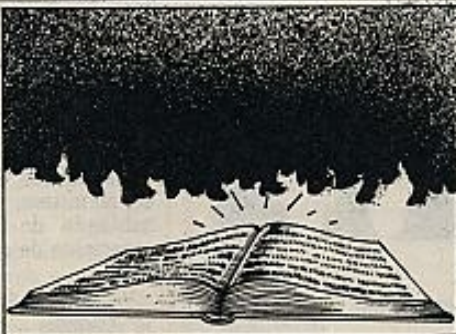
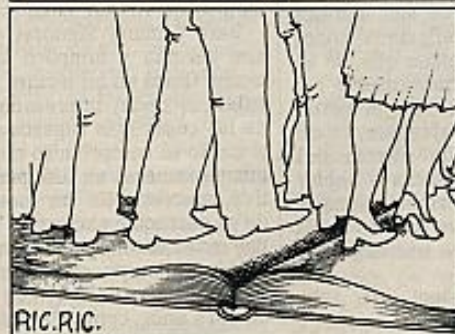
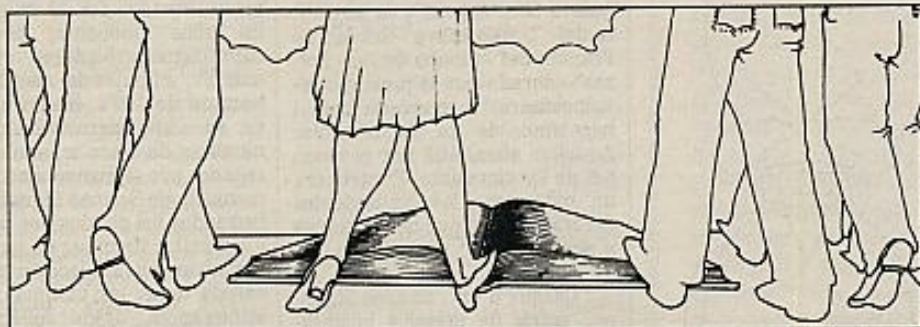
Esto último es lo que hace, precisamente, en un libro de reciente traducción, el historiador italiano Giuliano Procacci (1). Su intención, según confiesa él mismo en el prefacio, no es otra que verificar la hipótesis avanzada ya por Togliatti según la cual debió ser en el seno del propio Partido donde "se iniciaron las dañosas limitaciones al régimen democrático y el advenimiento gradual de formas de organización burocrática".

A través de una atenta relectura de los diversos Estatutos del PCUS (fueron, por ejemplo, seis entre 1917 y 1939) y de las resoluciones de distintos Congresos, Procacci consigue efectivamente desvelar las formas burocráticas adoptadas por el Partido en su funcionamiento al tiempo que analiza algunos de los factores que hicieron posible el desarrollo de ese tipo de tendencias.

Puede afirmarse sin vacilaciones que la burocratización del PCUS comienza en el momento mismo en que éste asume funciones de gobierno y comienzan a identificarse sus cuadros con los del aparato estatal. En vano se intentará una y otra vez, en sucesivas purgas, eliminar a los parásitos y elementos pequeño-burgueses de la vieja burocracia infiltrados en el partido. Los bolcheviques —Lenin lo vio perfectamente— no podían prescindir de los "especialistas" ni de la "intelligentsia" del antiguo régimen por más que éstos representaran un foco seguro de contagio.

(1) "El partido en la URSS (1917-1945)". Traductora: Juana Bignozzi. Editorial Laia. Ediciones de Bolsillo. Barcelona, 1977.

(2) En torno a la imposibilidad de alcanzar el auténtico socialismo mientras siga vigente esa ideología tecnocrática, me permito recomendar, para su traducción al castellano, la obra de Alfred Sohn-Rethel: "Geistige und Körperliche Arbeit" ("Trabajo intelectual y manual"), publicada en Alemania por Suhrkamp. Sohn-Rethel, figura menor y prácticamente desconocida entre nosotros de la Escuela de Frankfurt, es autor asimismo de un penetrante análisis de los postulados económicos y sociales del nazismo, que merece también ser traducido. Su título: "Ökonomie und Klassenstruktur des deutschen Faschismus".



Paralelamente, y debido a las especiales circunstancias de guerra civil en que vivió el país durante aquellos primeros años, el Partido hubo de adaptarse, en cuanto a dirección y organización a los imperativos de la vida militar. Las consecuencias de todo ello no serían menos importantes. Así, por ejemplo, el mando y la responsabilidad personales se impondrían al principio de dirección colegiada, sancionada en anteriores Estatutos, y el centralismo democrático y la electividad de los cargos, así como el principio de territorialidad iban a verse todos ellos severamente limitados. Como escribe Procacci: "El problema de la burocratización aparece en lo esencial bajo el aspecto de la militarización".

Ahora bien, el "modelo jacobino" entonces adoptado y que combinaba una máxima concentración de poder con un máximo de consenso popular era posible únicamente en períodos excepcionales como el que vivió la URSS entre 1918 y 1920. Acabada la guerra civil, se veía la imposibilidad de aplicar los módulos militares al frente económico o al político y social. Lenin hubo de plegarse tácticamente a las tesis de la llamada "oposición obrera", que exigía para los sindicatos una mayor autonomía y democracia, así como un mayor papel en el control de la economía del país. Es el momento de la NEP (nueva política económica), sancionada en el X Congreso.

La reacción, sin embargo, no tardaría en producirse y, como siempre, vendría acompañada de una nueva depuración de "infiltrados", que se traduciría a su vez en una creciente absorción de los cuadros del partido por parte del aparato estatal y, consecuentemente, en una agudización de las tendencias burocráticas y en la potenciación de los aspectos organizativos y administrativos por encima de los puramente políticos. Esta tendencia iba a acelerarse de modo extraordinario a partir de la elección de Stalin, en 1922, para el puesto de secretario general.

En vano tratará ya Trotsky de trazar una línea divisoria entre militarización (para él positiva) y burocratización estatal; inútilmente denunciará Lenin la pervivencia del viejo aparato estatal que "sólo ha sido barnizado en la superficie". Lenin por lo demás, propondrá soluciones que no harán sino acentuar los vicios estructurales que él mismo señala. No es, en efecto, la falta de democracia en el aparato estatal lo que más parece

preocuparle en ese momento, sino antes bien la falta de racionalización y de agilidad.

El propio Stalin emprenderá la lucha contra el burocratismo omnipotente, pero lo hará desde arriba, con lo que el partido se verá abocado a una valoración indiscriminada de la ideología y de la práctica tecnocráticas y del "eficientismo" como nueva religión. ¿Se trata de una aberración o se hallaba ya in nuce esta tendencia en el último Lenin?

La evolución posterior ya la conocemos: fusión del aparato estatal y del partido, que perderá sus características de organismo político y democrático para convertirse en un simple órgano administrativo y planificador. Acentuación sin límites de las tendencias jerárquicas. Limitación de las discusiones generales dentro incluso del Comité Central. Unificación y pérdida total de hegemonía de los sindicatos. Eliminación incluso física de opositores y elementos críticos, etcétera.

Todo esto aparece con didáctica claridad en el libro de Giuliano Procacci. Y tal vez radique aquí precisamente su mayor mérito: en la relación que establece entre el estalinismo y toda una serie de fenómenos —reducción periódica de las dimensiones de masa del partido, como consecuencia de las sucesivas depuraciones en su seno, miedo al fraccionamiento, culto de la productividad y de la organización científica del trabajo en el mejor esti-



Lenin, visto por Vázquez de Sola.

lo taylorista, desarrollo del principio de dirección personal— y tantos otros, de los que aquél representa no tanto una desviación cuanto una evolución en cierto modo natural y lógica. Y es precisamente todo esto, fruto de unas circunstancias históricas absolutamente irrepetibles, lo que hace que el modelo soviético sea por fortuna imposible de trasplantar. ■ JOAQUIN RABAGO.

El tiempo de la nostalgia

Simone Signoret no es una "vedette", no es un monstruo sagrado, casi no es una actriz; es sencillamente y con todo rigor, una mujer de su tiempo; y a su tiempo se enfrenta, para recuperarlo, en *La nostalgie n'est plus qu'elle était* (1). Junto a un periodista y frente a un magnetófono, la Signoret habla en profundidad, pasada la frontera de la frivolidad y de la cincuentena. Lo que dice y lo que escribe tiene múltiples lecturas: cinematográfica, política, social, cuadro de costumbres... Todas, menos una: no son unas Memorias, trufadas de anécdotas, para el amante de la gacetilla y del sensacionalismo.

Yo tengo mi lectura particular de Simone Signoret; la de un hombre que está con un pie en su generación y con el otro en la posterior. Que, vicariamente, fue viviendo lo que la Signoret y otros como ella protagonizaron en Francia. Ella nos devuelve la Francia de nuestra juventud: la de la ocupación, la liberación, la guerra fría, Argelia y la tortura, la del "bonito mayo" del 68. La Francia del "tiempo de las cerezas", dorada por el prestigio revolucionario y renovada por el heroísmo de la Resistencia. Aquellos años, allá por el decenio de los cincuenta, Francia era un mito para los adolescentes del franquismo que nos negamos a ser fascistas; pero nunca fue un espejismo.

"Casque d'or", Simone Signoret, actriz de premios incontables, no habla de sus laureles profesionales; reflexiona sobre la condición humana que, en su tiempo, fue hermosamente colectiva y generosa. En un ejercicio de humildad ejemplar, inicia su rememoración afirmando: "Cuando uno empieza a hablar de sí mismo, termina siempre hablando de los demás". Es consciente de que su tiempo fue

suyo porque lo construyeron muchas manos abiertas que nunca se aferraron al oportunismo. Esta francesa, nacida en Wiesbaden, en 1921, ha recorrido un largo trayecto: desde París hasta Hollywood, pasando por Praga, por Moscú y por otros diez mil escenarios. Pero sus recuerdos no son paisajes y naturalezas muertas; sus recuerdos son hombres y mujeres, anónimos o con apellidos famosos, que cobran nueva vida en su recuerdo. Por otra parte, la remembranza, y no es obra del azar, forma parte de nuestra Historia contemporánea; pero, como casi nunca hacen los historiadores, narrada con sencillez. Simpleza que no ahorra el optimismo cuando le llega la hora, ni la amargura cuando es inevitable. Ni siquiera le avergüenza tener que descubrir en una librería belga el alegato de Alleg, denunciador de la tortura sistemáticamente practicada por los franceses en Argelia; de allí a firmar el Manifiesto de los 121 sólo había un paso: el de la fidelidad a una convicción, el respeto por la vida humana que fue la enseña de toda una generación. La lucha generosa y arriesgada profesionalmente por los Rosenberg; la incompreensión ante el 1956 húngaro, el llanto incontento ante el 1968 checo y la amargura, dramáticamente confirmada, frente a un socialismo que no tenía el rostro humano por el que se habla combatido durante tantos años. Sólo el rostro distante, altanero y aristocráticamente oportunista de Louis Aragon.

Huelguistas de hambre sin señas de identidad universales. Hombres, como Nazim, el poeta turco, arrastrados al fragor de los años cincuenta. Mujeres, como Simone Signoret, que un mal día, a finales del mes de septiembre de 1975, hacen un alto en su vida, para escribir los nombres de cinco españoles ejecutados por el franquismo. En la memoria de Simone Signoret caben todos los olvidos; los buenos y los malos tiempos; no hay maniqueísmo en la selección: tienen cabida todas las víctimas de la intolerancia, desde Julián Grimau hasta Arthur London.

Pero Simone Signoret no es una heroína y tampoco lo pretende. Quizá en mi lectura particular, es decir, interesada, una de las cosas más sugestivas sea el canto al compromiso con uno mismo inmerso en una perspectiva concreta. En un momento de su narración exclama: "Nada hay más ridículo y más hermoso, al mismo tiempo, que un intelectual de izquierda". Oro de Moscú para unos, compañero de via-

(1) Editions du Seuil, París, 1976. 377 páginas.